

# Ernesto Sábato y la luz

**A**unque, cuando se piensa en Sábato, lo primero que viene a la cabeza es la palabra «escritor», y más precisamente, «novelista», con frecuencia nos olvidamos del gran ensayista que es, que empezó publicando *Uno y el Universo*, en 1945, y que se despidió de la literatura con otra colección de ensayos, *Apologías y rechazos*, en 1979. En sus diversos libros de ensayos, junto a sus críticas feroces a la ciencia y a la técnica, a la alienación y a los engranajes que impiden la libertad del hombre, al racionalismo y a todas las formas geométricas y conscientes de la ideología de los «tiempos modernos», a las grandes teorías que dejan al hombre concreto privado de su verdadera condición existencial, angustiosa y carnal, Sábato ha dedicado muchas páginas a reflexionar sobre el arte y los artistas. Y no sólo de escritores o novelistas, filósofos o poetas, sino también sobre pintores, movimientos, escuelas y temas muy próximos a la misma técnica del pintor y al desarrollo de las formas. Cualquier lector apasionado por el autor de *Sobre héroes y tumbas* habrá rastreado este interés especial suyo por el arte en general y por la pintura en particular. Muchas veces se tiene la impresión de que es mucho más que interés lo que Sábato siente: es una obsesión. Cuando hace años empezó a pintar —por su dificultad para leer y escribir, debido a una enfermedad de los ojos— explicó que sus dos primitivas vocaciones fueron la literatura y la pintura. Y que, cuando le abandonó la pasión por el platonismo de las matemáticas y la ciencia, al descubrir que la serenidad de los números le impedía ver al hombre en su dimensión concreta, volvió a una de sus pasiones de juventud: la literatura. Como es un hombre profundo, que entiende las pasiones en su aspecto totalizador, dejó en segundo término la pintura. Pero en una entrevista que le hice hace cuatro años para TVE, me decía que siempre había pensado en términos pictóricos, que había tenido muchos amigos pintores, a los que solía interrogar sobre la técnica y la conformación de los espacios del cuadro. De esta manera, cuando empezó a pintar, contaba con algunas experiencias: la idea del espacio aprendida en la física, una obra literaria muy rigurosa y una reflexión permanente sobre el arte de la pintura. Además de un gusto muy determinado adquirido a lo largo de los años de contemplar obras de arte. Cuando se decide a plasmar su angustioso y multiforme mundo poético en la pintura, tiene también una gran experiencia del mundo, aquilatada en tres novelas que ofrecen una visión lacerante del hombre, de la sociedad, de la naturaleza, de la historia... Y, además, una visión que pretende ser —y lo es— globalizadora. Teórico de la novela, en *El escritor y sus fan-*

*tasmas* explicita sus ideas sobre el desarrollo de este género y expone su concepción de una novela total que intentó en *Sobre héroes y tumbas* y, después, de una manera más compleja, en *Abaddón el exterminador*. Esa voz expresionista, subjetiva, obsesionada, trágica y lírica que narraba *El túnel*, se hacía más profunda, más total, pero igualmente lacerante, en sus otras dos novelas. Entre los escritores hispanoamericanos de nuestro tiempo, Sábato no es sólo quizás el más grande inventor de formas, una personalidad que desarrolla un proyecto de novela integral —como Joyce o Musil—, sino que es también una de las voces más inquietantes y personales. En sus novelas nos ha descrito elementos de nuestra condición humana que habían sido ignorados, ha iluminado zonas de indeterminación y angustia que eran nuevas y que nadie antes que él había tratado en esa forma. Y probablemente quedará por ambas cosas: por una fenomenología de la condición hu-



mana que es a la vez formalmente nueva, pero que describe algunos territorios de lo humano nunca transitados.

Y se me dirá: «Todo eso, más o menos lo sabemos. ¿No irá usted a descubrirnos al escritor Ernesto Sábato?» Pues aunque su mirada como pintor es una mirada muy personal, y además realizada en el terreno ensimismado y puramente material de la pintura, las referencias y analogías con el universo literario que ha creado son evidentes. No resulta muy fácil mirar sus cuadros sin que la retina se nos llene con las imágenes de sus personajes sonambúlicos deambulando por esa inmensa arquitectura del absurdo que es Buenos Aires y por la nocturnidad de sus propios deseos. Sin embargo, esto no quiere decir que la pintura de Sábato sea una pintura literaria, ni que lo deje de ser. Cuando hablamos del pintor Sábato no hablamos de un escritor que en sus ratos libres pinta. No, Sábato pinta desde su visión del universo ya expresada en otras formas, pero lo que nos ofrece es pintura pura. Muchos escritores, como Goethe o Hugo, han pintado en sus ratos de ocio, como aquel que colecciona sellos o juega al billar. Por el contrario, Sábato pertenece a otra raza, aquella de los Henri Michaux o los Kokoschka. Michaux se encuentra expresado tanto en su poesía como en sus pinturas y dibujos. Kokoschka es un personaje invertido al de Sábato: se inicia como poeta y escritor, y aunque nunca abandona la literatura, expresa su mirada en la pintura, es un pintor que ha escrito poemas y cartas de una gran fuerza lírica. Las referencias de Sábato —no en vano, su capacidad para el grito y para expresar los embargos nocturnos del hombre le definen como a un romántico del siglo XX— tienen mucho que ver con una serie de artistas expresionistas: la de los pintores-escritores Nolde, Barlach, Kandinsky, Münch, Hodler, y también Van Gogh y Gauguin. Todos ellos tenían una visión del universo tan compleja y tan rica que necesitaron de la escritura para ampliarla, aunque en su obra plástica esté latente y formalizada, como un espejo que refleja esa visión. Pero con ellos, como con Kokoschka, le une, además, una misma intuición de la contemporaneidad, una huida en cierta manera de la modernidad: la transformación de la mirada romántica en mirada expresionista.

Me gustaría, antes de pasar a hablar del pintor Sábato de manera más concreta, recordar algunos de los supuestos que él considera esenciales en la novela moderna. Sábato considera que en la gran renovación de la novela producida en nuestro tiempo se dan ocho características. Estas características me parece que definen los temas esenciales, o las maneras de tratar el cuadro como un espejo, que nos ha presentado siempre el expresionismo. (En realidad, no se trata de una escuela datable en la historia; el expresionismo es una forma permanente en el arte de todos los tiempos). Y de forma más precisa, el expresionismo histórico de nuestro siglo, y las obras de sus representantes más puros, han utilizado estas características de la novela contemporánea. Sábato expone las siguientes características: 1) *descenso al yo*; 2) *el tiempo interior*, tan diferente al de la novela naturalista; 3) *el inconsciente*; 4) *la ilogicidad* o desconexión lógica del relato; 5) la presencia del *Otro*; 6) *la comunión*, o relación entre el escritor y el lector, al apartar del relato una mirada suprahumana; 7) *el sentido sagrado del cuerpo*, y 8) *El conocimiento*, pues el arte nos ofrece otra forma de conocer que no es el de las ciencias positivas o sociales.